

Luis Palés Matos

La puerta del Caribe

Hugo Gutiérrez Vega

Existen poetas secretos u olvidados que esperan el momento de encontrar a sus lectores. Hugo Gutiérrez Vega elabora en este ensayo una revaloración de Luis Palés Matos, cantor de la negritud puertorriqueña, al tiempo que reflexiona sobre su entorno en el Caribe, el Mediterráneo americano.

I

Nuestro “mare nostrum”, las grandes joyas de las Antillas Mayores y el serpenteante juego geológico de las Antillas Menores; la poderosa presencia de la cultura de la madre África metamorfoseada por las verdes y azules realidades del profundo Caribe, parte del padre Atlántico, pero parte separada por fronteras invisibles, como el Egeo se separa y sigue perteneciendo al otro “mare nostrum”, el del sueño romano son el fondo y la forma, la esencia misma de una de las vertientes principales de la obra del puertorriqueño Luis Palés Matos, poeta mayor de la lengua castellana.

Entender plenamente que la negritud (pido permiso a Senghor para usar su palabra castellanizada) en la poesía de Palés no tiene ninguna intención folclorizante, ni asomo alguno de paternalismo ni, mucho menos, contenido ideológico inmediateista es condición imprescindible para acercarnos a sus construcciones poéticas celebratorios de las características intransferibles de la cultura antillana. Palés canta y celebra la estética corporal y artística de los pueblos marcados por el signo del Caribe, como Homero lo hizo con los seres del mundo helénico; Virgilio con los huidos del incendio troya-

no y llegados a las costas soñadas durante el largo viaje, para inventarse las primeras formas de lo que sería el mayor imperio del mundo conocido; Camões con los alucinados navegantes que partían de su patria cercada y estrecha para, venciendo océanos y tormentas, ensanchar la visión de la tierra de los hombres; Darío con la América mestiza, sus raíces y su lengua común; Whitman con los industriosos americanos del norte y sus sueños de democracia y tolerancia; Cavafis reconstruyendo las imágenes y los cuerpos helénicos en la ciudad capital del rescoldo helenístico; Vallejo con los descendientes desposeídos del Imperio Inca; García Lorca con la raza de la verde luna, perseguida, pero dueña de su mismidad irreductible; López Velarde con sus mitologías sollozantes y sus ídolos a nado... y otros más, muy pocos, capaces de reunir las características señaladas por Eliot para definir a los poetas nacionales.

Palés, como lo hacen los otros poetas mencionados, en sus lenguas y giros particulares, habla con la voz de las islas (voz plural, hecha por las mezclas y las hermosas indeterminaciones) y, al mismo tiempo, con su propio e intransferible sentido del lenguaje. Expri-me a las palabras sus jugos más recónditos y, cuando lo necesita, recurre al ritmo puro y a la repetición que

con frecuencia enriquece y, junto con los silencios y las pausas, destila la sustancia misma de un poema en el cual la forma es el fondo y lo permanente son las palabras y los mundos que evocan y convocan en el mágico momento de la lectura en voz alta o en el silencio del lector comulgante.

Su mar Caribe corresponde a la realidad y, al mismo tiempo, es un producto de su imaginación. Es un Caribe principalmente femenino y, por lo tanto, tiene el profundo sentido de la tierra, la gracia intacta del primer día de la creación, el ondular de las aguas en la playa, el movimiento acompasado de un “caderamen” rotundo como la comba del cielo. Los hombres ocupan un lugar discreto en las islas del matriarcado, que en este tiempo estaba rico en deberes y pobre en derechos. Son ellos los que tocan el tambor en la noche de la fiesta para que la mujer ondule y señale los rumbos del frenesí. Como lo afirma Mercedes López Baralt, el cantor logra un aliento bíblico para describir a su “Mulata Antilla”:

Con voces del Cantar de los Cantares,
eres morena porque el sol te mira.
Debajo de tu lengua hay miel y leche
y unguento derramado en tus pupilas.
Como la torre de David tu cuello,
y tus pechos gemelas cervatillas.
Flor de Sarón y lirio de los valles
yegua de faraón ¡Oh, Sulamita!

II

El rey Salomón y el poeta del Caribe se unen para celebrar el milagro del cuerpo femenino, y la mulata de Palés se convierte en el ser emblemático del mundo antillano. Su cuerpo y su balanceo, su sensibilidad y su inteligencia unidas al misterio de esa gracia que brota de todos los caminos de su piel son la metáfora de las islas, sus idiomas, sus formas de ser, de esperar, de gozar y de morir, así como el lenguaje de su alma hecha de mezclas, júbilos y vejámenes. Alguna vez, hablando con los poetas Edwin Reyes, Hjalmar Flax y José Luis Vega, comprendí que las islas eran la mulata que era, a su vez, “el tibio mar de las Antillas” al que Palés se acogía:

Eres ahora, mulata,
todo el mar y la tierra de mis islas.

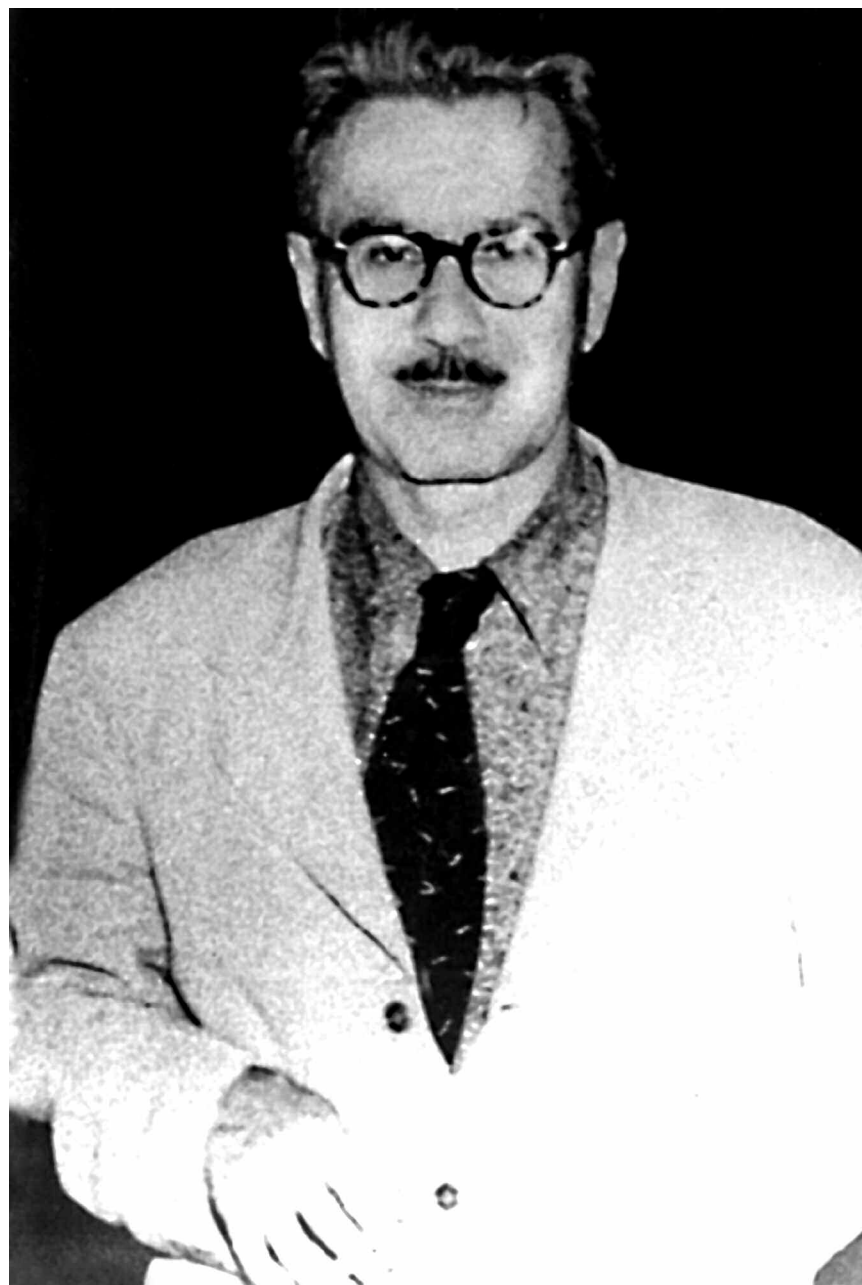
Palés usa la palabra todo en su total extensión. La tierra está representada por la mulata y su cósmico caderamen que oscila en el amor, y es también la cuna del hijo.

A sus tierras llegan las banderas de los blancos y la isla mulata entrega sus armas:

El pabellón francés entra en el puerto
abrid vuestros prostíbulos, rameras,
la bandera británica ha llegado,
limpiad de vagos las tabernas.
El oriflama yanqui...
preparad el negrito y la palmera.

Violadas y vírgenes (la Magdalena es siempre virgen al final), las islas mantienen vivas sus formas de ser y de expresarse y, como en la “Plena del menéalo”, se balancean en el desafío para hacer rabiarse al Tío Sam.

Los tambores clavaron en Luis Palés su aguijón de música y le dieron la facultad para cantar el ritmo novísimo de las islas caribeñas. Dice Mercedes López Baralt que en *Canción festiva para ser llorada*, Palés Matos recorre las islas como los otoños de Lezama Lima, Saint-John Perse y José Carlos Becerra, para entablar con ellas un diálogo erótico pautado por un entusiasmo mayor y una despierta, casi ditirámica celebración:



Luis Palés Matos

Buen calalú Martinica, que Guadalupe me aguarda. ¡Hola, viejo Curazao! Yo ya te he visto la cara. ¡Mira que te coge el ñañigo, niña, no salgas de casa! ¿En qué lorito aprendiste ese patuá de melaza, Guadalupe de mis trópicos, mi suculenta tinaja? A la francesa resbalo sobre tu carne mulata, que a falta de pan tu torta es prieta gloria antillana.

Hablando en patuá; en papiamento, esperanto cimarrón; en español suavizado por los aires isleños, o en inglés montado en el vaivén del calipso, las islas cumplen sus ritos nocturnos, se mueven gozosas en los instantes dorados e imperecederos del amor sexual, disfrutan sus “alimentos terrenales” y luchan por alcanzar sus libertades y mantenerse fieles a los signos y los modos de sus culturas.

Palés Matos es el pionero de esta visión del Caribe mulato y, por lo mismo, mucho le deben Nicolás Guillén, Ballagas, Carpentier, Marinello, Ortiz, Urrutia, Cé-

saire y Walcott, entre otros. Con él se inicia la poesía antillana que por su negritud se relacionó con las obras de Claude McKay, Vachel Lindsay y Langston Hughes. Recuerdo el poema “The Congo” de Lindsay, que tal vez contagió a Palés algunos aspectos del ritmo de los tambores selváticos:

Mumbo-Yumbo, God of the Congo,
and all the others Gods of the Congo,
Mumbo-Yumbo will hoodoo you
Mumbo-Yumbo will hoodoo you...

Luis Palés tuvo que esperar para que se reconociera el valor de sus propuestas, y se vio obligado a enfrentar tanto la incompreensión de los críticos como el racismo de la sociedad blanca. Por otra parte, gracias a Tomás Blanco, Margot Arce, Federico de Onís, Valbuena Prat y Nilita Vientós, se inició el estudio riguroso de su poesía, que han llevado a extremos de excelencia Mayra Santos Febres, José Luis Vega, Rodríguez Vecchini, Bajeux, Habibe, Díaz Quiñones, Pedreira, Forastieri, Gelpí, Ríos Ávila, Julio Marzán y, mi maestra, Mercedes López Baralt.

No podríamos, por otra parte, explicarnos claramente las obras de Luis Rafael Sánchez, Ana Lydia Vega, José Luis González, Ramos Otero, José Luis Vega, Edwin Reyes, Hjalmar Flax, Edgardo Rodríguez Juliá y otros escritores antillanos, sin la luz palesiana que fue capaz de iluminar los más recónditos y desdeñados aspectos del alma caribeña. Me refiero sobre todo a los actos rituales acompañados por el tambor que lleva el ritmo de los latidos del corazón: “Por la encendida calle antillana va Tembandumba de la Quimbamba, rumba, macumba, candombe, bámbula, entre dos filas de negras caras”, decimos casi bailando los puertorriqueños, los isleños todos, los latinoamericanos y hasta los mismos europeos que con tan poca gracia se atreven a menearse en la danza ritual.

III

Lo mismo sucede con todos los poemas del *Tuntún de pasa y grifería* en los cuales presiden la ceremonia el gran Cocoroco diciendo Tu-cu-tú, y la gran Cocoroca diciendo To-co-tó. En ellos una grave alegría se une a una liviana tristeza, y los años de esclavitud miran de frente y con lucidez los años de libertad precaria, constantemente conculcada: “Hombre negro triste se ve desde La Habana hasta Zimbabue”. La grave alegría brota del solo hecho de nombrar las cosas, los paisajes, los seres:

Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico,
fogosas y sensuales tierra mías.



Antonio Carrión Torruellas, *Lámpara de noche*

¡Oh, los rones calientes de Jamaica!
 ¡Oh, fiero calalú de Martinica!
 ¡Oh, noche fermentada de tambores
 del Haití impenetrable y voduista!
 Dominica, Tortola, Guadalupe,
 ¡Antillas, mis Antillas!
 Sobre el mar de Colón aupadas todas
 sobre el Caribe mar, todas unidas,
 soñando, padeciendo y forcejeando
 contra pestes, ciclones y codicias,
 y muriéndose un poco por la noche,
 y otra vez a la aurora redivivas,
 porque eres tú, mulata de los trópicos,
 la libertad cantando en las Antillas.

Es la “Mulata-Antilla”, las islas mujeres, el amor que libera, la premonición de Filí-Melé y el amor que exalta, subyuga y aniquila: “Yo te maté, Filí-Melé: tan leve tu esencia, tan aérea tu pisada, que apenas ibas nube ya eras nieve, apenas ibas nieve ya eras nada”.

En toda esta imaginaria se conjugan el amor y la muerte, la danza, el rito, los fieros bebedizos de ron con pimienta, la ardiente cachaza de esa interminable isla antillana de alma que se llama Brasil, las transparentes aguas a veces ferozmente enturbiadas por el ciclón, que siguen y siguen hasta llegar a Cozumel y rodear con un brazo de marinero la cintura mínima de Isla Mujeres, ahí frente a las costas de la península de Yucatán, en lo que llamamos, con deseo de unión, el Caribe mexicano.

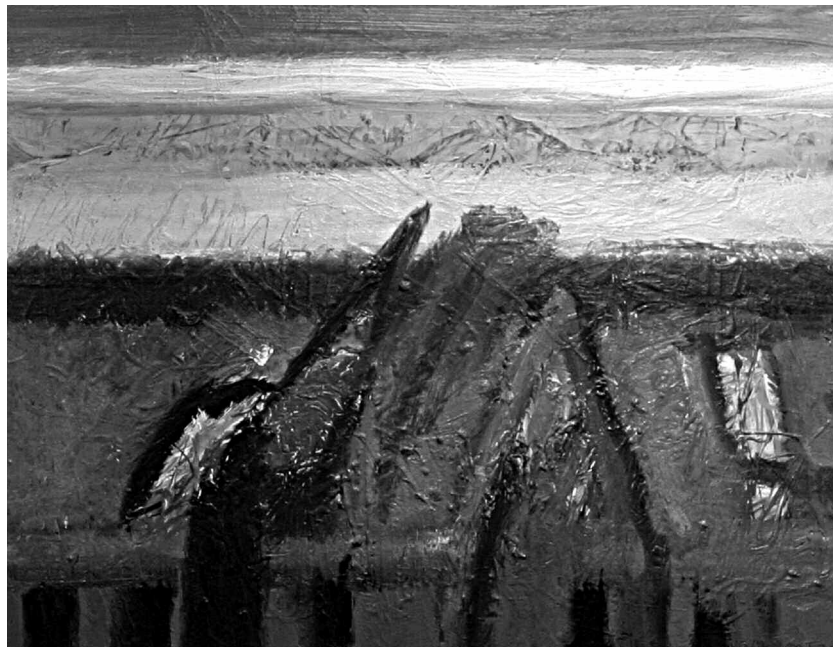
Se conjugan también dos momentos de la mujer-isla; la osada juventud como un desafiante paradigma de la sensualidad:

En el raudo movimiento
 se despliega tu faldón
 como una vela en el viento;
 tus nalgas son el timón
 y tu pecho el tajamar;
 vamos, velera del mar
 a correr este ciclón
 que de tu diestro marear
 depende tu salvación.
 ¡A bailar!

Y el amor en la atardecida, exaltado también, pero pensativo, esperando aunque lo acompañe una sorda desesperanza:

Perdida y ya por siempre conquistada
 fiel fugada Filí-Melé abolida.

Así nos habla desde el alma de un poema de amor y despedida que es, sin duda, uno de los más fuertes y originales de la poesía universal:



Antonio Carrión Torruellas, *Paisaje de salina*

Un mar hueco, sin peces,
 agua vacía y negra
 sin vena de fulgor que la penetre
 ni pisada de brisa que la mueva.
 Fondo inmóvil de sombra,
 límite gris de piedra...
 ¡Oh, soledad, que a fuerza de andar sola
 se siente de sí misma compañera!

El poeta va hacia su muerte y el último amor le entrega para el viaje un perfume a la vez pálido y poderoso. La cercanía de un final presentido concitó las memorias de los días dorados y, gracias a estos fantasmas, no desapareció del todo la esperanza. Sabía Palés que la poesía —arte de las artes en la realidad americana— no cambia nada, pero cuando es verdadera y cumple las obligaciones de sinceridad y de belleza formal de la que habló Darío, tiene una acción y función que se fijan en el tiempo, producen gozo a quienes la escuchan, y dejan su impronta en las conciencias individuales y en lo que con cierta cautela hemos dado en llamar “conciencia colectiva”.

Por las calles antillanas y por las calles del mundo todo, la mulata de Palés Matos pasa bailando las plenas y danzas rituales del Caribe, “mare nostrum” de las incansables mezclas. Su danza libertaria tiene todas las formas de vida; el deseo, la búsqueda del propio ser, la soledad, las humillaciones, los dolores, el amor y el desencuentro. La contemplamos con los ojos abiertos y el aliento entrecortado, pues con ella pasan la juventud, la libertad y la poesía que nos devuelve a la casa del padre y nos dice una palabra que nada significa y lo dice todo:

¿Por qué ahora la palabra
 Kalahari? [■]